

## Aportaciones a la localización y conocimiento de la Corduba prerromana

Por ALEXANDRE MARCOS POUS

En el siglo XVI el célebre erudito cordobés Ambrosio de Morales defendió la idea de que la población prerromana de Córdoba debió situarse en el lugar donde está la Córdoba califal, cristiana y moderna, y defendió también que, en cambio, la ciudad romana se fundó por M. Claudio Marcelo en el lugar denominado «Córdoba la Vieja». Estas localizaciones de Ambrosio de Morales se descartaron pronto por los eruditos que le sucedieron en el estudio de las antigüedades cordobesas. En primer lugar, desde hace más de un siglo se ha demostrado que las ruinas de «Córdoba la Vieja» pertenecen a la famosa ciudad-palacio califal de Madinat al-Zahra. En segundo lugar, siempre se ha indicado que la Córdoba romana se encuentra donde se hallaba el centro de la ciudad califal, o Almedina (es decir, sin contar con los arrabales), que tuvo su continuación topográfica en la ciudad cristiana bajomedieval y moderna, hasta que las construcciones del presente siglo la han desbordado por todas partes.

Sobre la situación de la Córdoba romana no hay discrepancia entre los estudiosos, salvo lo indicado por Ambrosio de Morales. El recinto de la ciudad ro-

mana casi coincide con la muralla rehecha en tiempos musulmanes, trazado que se conoce bastante bien en sus líneas generales. Dentro del recinto amurallado aparecen, sobre todo con motivo de obras de cimentación de nuevos edificios, los restos de las viviendas romanas, que rara vez se hallan fuera de dicho recinto. A extramuros se localizan, todo alrededor, las áreas funerarias de la época.

El problema topográfico surge cuando queremos localizar los restos de la Córdoba anterromana. Que existió una *Corduba* prerromana es indudable. El propio nombre de *Corduba* no es romano; aunque sobre su etimología se ha fantaseado bastante y carezcamos de un estudio serio, parece casi indudable que el topónimo no sólo no es latino, sino ni siquiera indoeuropeo. Aquí, de momento, lo aducimos únicamente como muestra de que el nombre nos prueba la existencia de una población anterior a la conquista romana. Otra prueba nos la ofrece C. Silio Itálico (autor del siglo I d. de J. C.) cuando en su poema cita (III, 402) la *Corduba* prerromana, que parece proporcionó un contingente de tropas, al mando de dos caudillos de nombre *Forcis* y *Aurarius*, que auxiliaron a Aníbal en

su expedición a Italia durante la segunda guerra púnica.

¿Dónde estaba la *Corduba* prerromana? Esta pregunta se la plantearon, sin base arqueológica segura, diversos eruditos cordobeses del pasado. En el siglo XVIII Francisco Ruano pretendía que la Córdoba prerromana se hallaba inmediatamente al oeste de la ciudad romana, hacia las Huertas de la Salud, por donde había un viejo murallón que se creía obra de carácter fenicio. En el mismo siglo Bartolomé Sánchez de Feria también coloca la Córdoba prerromana al oeste de la romana, pero más al sur, por la Huerta del Alcázar. Ya en la segunda mitad del siglo XIX Luis Maraver y Alfaro suponía que la población prerromana ocupó un vasto espacio al oeste y norte de la ciudad romana, un espacio enorme, varias veces mayor que el reconocido para la ciudad romana; entre los hallazgos que confirmarían su hipótesis señala Maraver el mencionado murallón, que en su parte inferior considera de «construcción fenicia», y toda una serie de hallazgos que a pesar de su rápida mención debemos tener ahora unos por romanos, y de carácter funerario, y otros por musulmanes. Para Maraver «Córdoba la Vieja» sería un campamento militar romano, inicialmente, sobre el cual en época musulmana se edificó Medina az-Zahra.

Ya en nuestro siglo se fue abriendo paso la idea de que la Córdoba prerromana debía situarse al comienzo de la parte meridional de la ciudad romana por la zona denominada Altos de Santa Ana y colegio de La Victoria. Así lo defendieron José de la Torre y del Cerro, Samuel de los Santos Jener y Miguel Ángel Orti Belmonte. Esta opinión predomina bastante y parece que es seguida también por Blanco Freijeiro y Ramón Corzo en

su trabajo publicado en el volumen I del Symposium de Ciudades Augusteas celebrado el pasado año en Zaragoza. La ciudad indígena romanizada se cree que conviviría al lado de la nueva fundación romana, formando una especie de *dipolis*, como en Ampurias, y existiendo entre ambas poblaciones una muralla divisoria.

Atendiendo a los restos arqueológicos hasta ahora descubiertos en numerosos trabajos de salvamento, abundantes catas y varios reconocimientos, dentro del recinto de la ciudad romana, incluyendo la zona que las últimas opiniones dan como indígena, resulta que no se hallan vestigios de población prerromana. Los fragmentos de cerámicas de tipo «ibérico», con finas rayas horizontales pintadas, hallados en bastantes puntos de la ciudad romana, son de aspecto muy tardío dentro de lo «ibero-turdetano» y aparecen normalmente junto con materiales de época romana republicana, e incluso, de muy comienzos del Imperio. En conjunto puede concluirse, con casi absoluta seguridad, que en ningún sector del terreno ocupado por la ciudad romana, incluyendo aquí el hipotético poblado prerromano, existen vestigios de un poblamiento anterior a los inicios de la dominación romana, lo cual no quiere decir que se excluya la posibilidad de descubrir algún día restos de una población prerromana que en todo caso sería muy reducida y no que no podría corresponder a la *Corduba* anterior a la conquista romana. De tales conclusiones se deduce, obviamente, que la *Corduba* prerromana debe buscarse en una zona distinta a la que ocupó la Córdoba romana, y que la fundación de la Córdoba romana, según las fuentes escritas (Estrabón) hecha a base de indígenas y de romanos escogidos, supuso el traslado

de una población preexistente, que conservó su nombre, a otro lugar que los romanos considerarían más adecuado.

Por fortuna, el conocimiento del lugar donde se encontraba la *Corduba* prerromana y la extensión aproximada de su población ha ido revelándose paulatinamente, en los últimos años, gracias a una serie de descubrimientos arqueológicos iniciados en 1964. Al comienzo tales descubrimientos parecían ofrecer solamente un yacimiento más, de gran importancia para el conocimiento de la Edad del Hierro en el Valle del Guadalquivir. Más tarde se confirmó la importancia del yacimiento por su completa estratigrafía desde finales de la Edad del Bronce hasta algo antes de la romanización, reconociéndose en forma de metáfora (de un valor poco más allá que el literario) que ahí estaban «las raíces de Córdoba», sin establecerse todavía su identificación con la *Corduba* prerromana. Sólo a partir de 1975, y más aún de 1976, otros hallazgos del mismo tipo nos han permitido formular la tesis de que nos hallábamos ante los restos de un gran poblado que únicamente podían corresponder con los de *Corduba* prerromana.

Los citados descubrimientos han tenido lugar en una colina situada al sudoeste de la Córdoba romana. La forma de la colina es alargada en sentido nordeste-sudoeste, con una longitud aproximada de un kilómetro y medio, paralela al río Guadalquivir. Su altura es modesta, quizás entre 15 y 20 m., sobre el nivel del río, y no aparece como colina, por su escasa altitud, en el mapa topográfico 1:50.000 (hoja n.º 923) del Instituto Geográfico y Catastral. Hacia el río la pendiente es bastante abrupta, escasa en sus terminaciones extremas y prácticamente inexistente (sólo una pequeña vaguada)

hacia la parte opuesta al río. El ancho medio oscila entre 300 y 500 m. Como accidente geográfico algo relevante sólo aparece observada desde el cauce del Guadalquivir. La colina no tiene un nombre propio tradicional, pues posee distintos nombres según el sector de que se trate. Se extiende desde el cementerio de N.ª S.ª de la Salud al nordeste hasta la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos al sudoeste. En el sector más al nordeste, ocupando casi la mitad de la colina, se halla el moderno Parque Municipal «Cruz-Conde», con el reciente «Teatro Municipal al Aire Libre», que ha destruido el yacimiento en su zona inferior más próxima al citado cementerio. Hacia el centro de la colina se levanta el actual Hospital Provincial y en su costado norte el barrio «Parque Cruz Conde». Detrás del Hospital Provincial tenemos la zona más alta de la colina, sector llamado «Hontanar de Cabanos», en parte ocupado por unos colegios mayores universitarios, inaugurados en otoño de 1976, y por las obras del futuro edificio en construcción de la Facultad de Medicina.

Los primeros descubrimientos arqueológicos en la colina tuvieron lugar en 1964 con motivo de extraer masivamente tierras, en terrenos municipales, destinadas a material de relleno para los accesos al nuevo puente de San Rafael sobre el Guadalquivir. El ayuntamiento decidió hacer unas excavaciones arqueológicas, a cargo, teóricamente, del entonces delegado provincial de Excavaciones don Rafael Castejón, catedrático de la Facultad de Veterinaria y arabista; en realidad los trabajos parece que estuvieron a cargo de don Juan Bernier y de don Javier Fortea, pues fueron ellos quienes redactaron el breve informe publicado de las tres catas efectuadas en la primavera y verano

de 1964 (J. BERNIER y J. FORTEA, *Niveles arqueológicos del valle del Guadalquivir*, Bol. de la R. Academia de Córdoba, 1963, págs. 202-206). Se deducía de lo publicado que el nivel más alto era musulmán, que debajo de él se encontraba cerámica ibérica (pintada y gris) con algún fragmento de ática de figuras rojas del siglo IV a. de J. C.; más abajo continuaba la cerámica pintada y gris; seguían luego fragmentos de grandes vasijas modeladas a mano de superficie no pulida y cerámicas «de engobe negro intenso»; continuaban, a más profundidad, restos de grandes vasijas, escorias de fundición y cerámicas negras. Los distintos niveles, que no quedan muy precisados, comprenden varias capas de cenizas con restos óseos y otras de cantos rodados.

Cerca de la cata anterior, junto a un desmonte cortado por la carretera en la ladera sur de la colina, efectuaron un corte estratigráfico de 4 x 4 m. J. M. Luzón y D. Ruiz Mata en septiembre y octubre de 1966, llamados por don Juan Bernier en nombre de don Rafael Castejón. Los resultados se publicaron en una importante monografía (J. M. LUZÓN y D. RUIZ MATA, *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*, Córdoba 1973, R. Academia de Córdoba), en cuyo título se intuía — y así se hace constar en el prólogo de J. Bernier — la inmediata relación del yacimiento con los orígenes de Córdoba, pero en ninguna parte del minucioso texto se entrevé la posibilidad de que el fragmento de poblado descubierto pertenezca precisamente a la *Corduba* prerromana. Los autores describen en ese sector dieciocho estratos, que por mi parte prefiero reducir a once en lo que se refiere a fases culturales; de estos once los dos más superficiales pertenecen a un estrato

mezclado y a otro de época árabe que se superpone directamente sobre el último nivel «ibérico», sin estrato romano ninguno interpuesto. Como resumen de esta estratigrafía diré que, sobre el suelo virgen de caliza blanda, el primer nivel, con cerámica tosca a mano en la que predominan formas esféricas, podría remontarse a un ambiente local de la Edad del Bronce avanzada de hacia últimos del segundo milenio a. de J. C.; después de una fase de transición sigue un cambio cultural en el que lo más característico son las cerámicas de color muy oscuro y superficies de un bruñido intenso de gran calidad, fechables en los siglos X y IX a. de J. C., en un final de la Edad del Bronce, tipos cerámicos ahora reconocibles en muchos yacimientos del sur de la Península en esa época; sigue encima otro nivel con una vivienda circular y como cerámica más característica grandes vasijas de boca acampanada y labio hacia afuera que se datarían en el siglo VIII a. de J. C. Sobre una capa de escorias de cobre que atestiguan la proximidad de un horno de fundición (estratos 13 y 13 x de los excavadores) se superpone un nivel que representaría la primera aparición de elementos colonizadores orientales, aquí en el siglo VII a. de J. C., que ofrece, junto con algunas cerámicas de la fase anterior y unas ollas tal vez de producción casera, cerámicas con seguridad ya producidas con torno rápido y pintadas de rojo y líneas negras (empiezan los motivos de círculos concéntricos atravesados por una línea roja), además de platos de fina pasta gris; el siguiente nivel, fechable en el siglo VI a. de J. C., con dos viviendas superpuestas de planta rectangular, se interpreta como el momento de imposición de la cultura orientalizante púnica, con un ligero descenso

en la calidad de las cerámicas, en las que podrían distinguirse unos productos mejores, importados, y otros peores que serían de taller local; vendría a continuación una fase orientalizante local, con cerámicas de poca calidad, que constituirían, dentro todavía del siglo VI a. de J. C., un prelude del «iberismo» cerámico; sobre ello se hallan restos de desperdicios de hogar con cerámicas de transición entre lo propiamente orientalizante y lo «ibérico» entre las que destacan platos de pasta gris (ya sin refuerzo interior del labio) y platos de barro claro con labio rojo, apareciendo ahora, siglo V a. de J. C., un vaso de boca ancha y labio vuelto que tendrá larga vida en lo «ibérico». La fase siguiente, fechable en el siglo IV a. de J. C. por un fragmento de un kylix ático, es ya completamente «ibérica», con cerámicas decoradas con pintura más diluida en la que el rojo no es ya vinoso, sino morado o violáceo. El siguiente nivel, del siglo III a. de J. C., proporciona cerámicas indígenas de calidad inferior a las anteriores, la decoración pintada ocupa menos superficie del vaso, desaparecen los círculos concéntricos que son substituidos por segmentos de círculos concéntricos apoyados en una banda. Éste es el último estrato prerromano. Sin mediación de niveles romanos, tardorromanos y visigodos, se pasa directamente a materiales califales.

Nueve años después, a comienzos de 1975, el Excmo. Ayuntamiento de Córdoba extrajo gran cantidad de tierras, destinadas a unos jardines de una avenida de la ciudad, a lo largo de un mes aproximadamente en un punto situado a unos 500 m. al oeste de la estratigrafía de 1966, en el extremo del Parque Municipal «Cruz Conde» y junto a la calle que lo separa del barrio «Parque Cruz Conde».

Enterado de la destrucción del yacimiento intentamos pararla mediante una conversación mantenida con el entonces primer teniente de alcalde don Juan Martos Reyes; a pesar de las seguridades dadas verbalmente la destrucción continuó hasta que desde el Museo Arqueológico se ofició por escrito, medida que resultó eficaz. Durante varios días procedimos, entre máquinas excavadoras, a salvar todos los fragmentos cerámicos que pudimos, aislados de contexto arqueológico y sin posición estratigráfica. En los cortes cambiantes que iban produciéndose advertimos diversos restos de muros y varias bolsas de cenizas. La cerámica recogida tiene únicamente valor tipológico; puede decirse que se hallan representadas la mayoría de las variedades cerámicas halladas en la estratigrafía de Luzón y Ruiz Mata en 1966 y, además, un fragmento rojo del cuello de un jarrito de tipo púnico con boca en forma de seta, igual a otro de Toscanos y fechable en el siglo VIII a. de J. C.; destacaría también un vaso tosco con pie de copa y decoración de cordón con digitaciones, que recuerda cerámicas de raigambre «celta». Lo importante, respecto a lo que aquí nos interesa ahora, era comprobar que el poblado prerromano continuaba en ese sector y que, por tanto, su extensión resultaba muy considerable.

Pocos meses después, en primavera del mismo año de 1975, y a unos 400 m. al sudoeste del anterior, con motivo de las extracciones de tierras para la construcción de varios edificios destinados a colegios universitarios, volviéronse a descubrir por todas partes materiales arqueológicos pertenecientes al mismo poblado prerromano. Efectuamos, entre máquinas excavadoras, tres catas en otros cortes verticales dejados por las máquinas. Lle-

vados por otros trabajos profesionales de mayor urgencia y por una serie de excavaciones de salvamento en solares de Córdoba, no hemos tenido tiempo de analizar despacio los productos de los tres cortes, aunque ahora ya se ha terminado la tarea de dibujar gran parte de la cerámica. Aquí el nivel más antiguo reposa sobre arcillas, arenas y limos naturales y no presenta cerámicas de finales del II milenio a. de J. C., sino los recipientes oscuros casi negros de superficies bruñidas. A continuación, sin cesar del todo esa variedad cerámica, aparecen las grandes tinajas (una de ellas prácticamente entera) de cuello hacia afuera con la parte superior pulida y la inferior rugosa. Más arriba salían cerámicas pintadas, pero en estrato de poca potencia ya que aquí el nivel musulmán descendía bastante. Los estratos musulmanes, además, y el superior revuelto habían — en todo el sector — desaparecido por la acción de las máquinas niveladoras. En los cortes se apreciaban tramos con diversos pavimentos, de canto rodado mediano y pequeño, casi superpuestos. En conjunto, se deducía que a casi un kilómetro de la estratigrafía de 1966 continuaba la existencia de un poblado que alcanzaba ya una extensión insospechada.

En los meses de agosto y septiembre del pasado año de 1976 practicamos una cata estratigráfica, de 4 × 4 m. de superficie, cerca de uno de los pabellones de un Colegio Mayor, que no se pudo terminar a causa de las copiosas lluvias, aunque suponemos que falta poco para llegar al nivel virgen, pues se han alcanzado los cuatro metros de profundidad. Si bien todavía no hemos estudiado los materiales de la estratigrafía, se puede adelantar que la sucesión de niveles es parecida a la hallada en otros puntos del poblado.

De notar aquí que las primeras estructuras arquitectónicas descubiertas, en niveles con cerámica oscura de perfecto bruñido, corresponden a muros de canto rodado formando rectángulos y que encima de ellos apareció una estructura circular, sucesión inversa a la que ofrecía la estratigrafía de 1966; en el nivel de la estructura circular encontramos también cerámicas oscuras bruñidas y además fragmentos de grandes vasijas de tonos pardos o castaños con la parte superior bien espatulada y fina y la parte inferior rugosa. Por encima salen las cerámicas de barro claros con superficies pintadas y también cerámicas grisáceas. Este nivel se hallaba alterado por un bolsón o especie de pozo negro musulmán. Más arriba, sin mediación de estrato romano, tenemos los muros de las viviendas de época árabe, que corresponden a lo que las fuentes escritas musulmanas llaman los «barrios occidentales» de Córdoba.

Interesa destacar la presencia de algunos martillos de piedra, de fragmentos de cuarzo cuprífero, de escorias de cobre y de un «galápago» o torta de fundición. Nos da la impresión que estos testimonios de actividad metalúrgica son más frecuentes en los niveles anteriores a las cerámicas pintadas de tipo «ibérico» andaluz o «turdetano».

Por lo dicho hasta ahora se habrá observado la gran extensión de este poblado que, en lo reconocido arqueológicamente, alcanza más de un kilómetro de longitud por unos 300 m. o más, de anchura; tales dimensiones lo convierte quizás en el poblado prerromano más extenso de la Península. Las dimensiones del poblado no se explican para una población que viviera exclusivamente de la agricultura y la ganadería. Tenemos acumuladas ya muchas pruebas de que

en él existía una notable actividad metalúrgica, que tal vez dé razón de sus extraordinarias dimensiones. Como es sabido, en la Sierra cordobesa existen antiguas explotaciones mineras, algunas muy próximas, como las localizadas en Cerro Muriano. Recientemente un colaborador nuestro, don Julio Costa, ha descubierto otro poblado minero en Trasierra, más próximo todavía, en el que se hallan cerámicas análogas a las encontradas en el extenso poblado de que venimos tratando. Se deduce, pues, que el mineral bruto, con su ganga, se llevaba desde las minas al poblado cordobés junto al Guadalquivir y aquí se obtenía el mineral de cobre. El motivo que explicaría esta actividad metalúrgica sería doble; por una parte tenemos su proximidad a los centros mineros que proporcionaban la materia prima en bruto y por otra parte tenemos su magnífica situación geográfica en una colina de la margen derecha del Guadalquivir que permitía, en un tradicional cruce de caminos, una cómoda exportación del metal obtenido. Nos parece que aquí se elaboraba sólo el metal para la exportación, pero sin manufacturar objetos metálicos, de los que apenas tenemos más que algún fragmento de fibula.

Aquí, en este gran poblado metalúrgico, agricultor y ganadero, junto a la Córdoba romana y actual, debemos sin duda localizar la *Corduba* prerromana, pues ni bajo los estratos de la Córdoba romana ni en otros lugares de los alrededores, menos en éste, nos encontramos con la existencia de un poblado prerromano. En síntesis la *Corduba* prerromana se inicia en una Edad del Bronce avanzada, continúa alcanzando ya una gran extensión superficial, a finales de la Edad del Bronce, hacia los siglos X y IX a. de

J. C., momento en que predominan los vasos abiertos de carena alta y labio con pastas muy oscuras y perfecto bruñido, variedad cerámica que se documenta en todo el sur de la Península desde el Mediterráneo al Atlántico portugués, y que por su relativa unidad tipológica y técnica nos hace pensar en un centro productor de gran importancia comercial. Ya para esta época tenemos pruebas de actividad metalúrgica en el poblado de *Corduba*. Dicha actividad continuaría varios siglos y sería una de las razones de la presencia de materiales de tipo púnico en el yacimiento. De momento no me parece, contra lo que a veces se ha insinuado, que los materiales púnicos sean aquí un testimonio de la presencia de una factoría extranjera; su presencia más bien se explicaría por razones de tipo comercial. Un dominio cartaginés sobre *Corduba* podría tener lugar en una época bastante avanzada, inmediatamente prerromana. Pero de cualquier modo se observa una fuerte influencia púnica en este gran poblado.

También pueden rastrearse, a mi juicio, en *Corduba* otras influencias. Ciertas formas y técnicas cerámicas del poblado y el reciente hallazgo en nuestra excavación de 1976 de un morillo pueden ponerse en relación con materiales calificados de tipo «céltico». No es preciso recordar ahora lo que a propósito de pueblos célticos en Andalucía nos dicen las fuentes escritas. Recordaremos, desde el punto de vista arqueológico, la pilas-trilla con una especie de *tête coupée* procedente de los alrededores de Córdoba, ciertas fibulas del tesoro de Pozoblanco, en el norte de la provincia, y unos torques de oro hallados en Belmez, también en el norte de la provincia.

En el breve marco de la presente co-

municación no disponemos de tiempo para tratar detalladamente de las muchas cuestiones que surgen en torno a la caracterización cultural, cronológica, económica, etc. respecto a *Corduba* prerromana. Solamente pretendía exponer mi firme convicción de que una serie escalonada de descubrimientos arqueológicos, entre 1964 y 1976, nos obligan, cada vez con más fuerza, a presentar la tesis de que la *Corduba* prerromana debe locali-

zarse en el gran poblado situado en una alargada colina existente al sudoeste de la Córdoba romana, junto a la margen derecha del Guadalquivir. La fortuna y gran extensión de *Corduba* anterromana se explican por su situación geográfica privilegiada, junto al río y dominando un posible vado, situación que le llevaría a complementar su agricultura y ganadería con una intensa actividad metalúrgica de cobre.